

del Africa infeliz hijo infelice
 que ávido prueba las tranquilas aguas
 que su lloro enturbió, clavando a veces
 mustios sus ojos en la muda esfera. 35
 Mas, ¿qué pensará? ¿Será en su patria,
 o en los amores que dejara acaso?
 Nada su mente ocupa, en nada piensa:
 la vil esclavitud le abate el alma;
 y quien de esclavitud el yugo infame 40
 ponderoso agobiar su cuello sufre,
 no tiene Dios a quien bendiga ufano,
 no tiene patria a quien adore ardiente.
 ¿Ni cómo del amor los devaneos,
 dulces y puros como es puro el cielo, 45
 puede gozar quien de fastid[i]o el alma,
 de tedio el corazón, siempre abrumado,
 ni aun la esperanza le sonrío en sueños?
 L[l]anto y no más: besar la fiera mano
 del altivo señor que le atormenta, 50
 temblando obedecerle, alimentarle
 con el sudor de su abatida frente.
 Ved del esclavo el miserable empleo:
 ¡abominable empleo! que indignada
 detesta la razón, maldice el cielo, 55
 y en mi Cuba, oh dolor, miro arraigado.
 Por las floridas cumbres decoradas
 de esbeltas palmas y de altivos cedros,
 la frente asombra virjinal, modesta,
 su blanda lumbre difundiendo en torno 60
 la reina misteriosa de la noche.
 Levántase apacible y dulce brisa
 que alientan puras las mudables ondas
 que sonando vinieron sordamente
 del mar remoto a tranquilos mares, 65
 do contéplase Cuba y se recrea.
 Mecidas de los árboles las hojas
 hacen un ruido halagador que encanta
 y olvido pone del liviano mundo;
 en lastimoso trino sus querellas 70
 el ruseñor exhala con ternura
 en las ramas posado de algún pino;
 rápidas cruzan la rejión vacía
 lanzando gritos las nocturnas aves;
 murmuran los arrollos salpicando 75
 las cándidas y frescas azucenas

nacidas en la margen de sus aguas;
 y suavísimo olor espira ondeante
 dando salud el regalado viento.
 Toda se anima plácida natura 80
 al presentarse el astro luminoso:
 no más oscuridad, doquier belleza;
 mas mi angustiado pecho indiferente
 no los admira, ni en profunda y santa
 meditación recójese en sí misma 85
 el alma ansiando bienandanza eterna.
 La soledad amiga bienhechora
 fuérame un tiempo: consagraba en ella
 al grave estudio mis serenos años,
 y si tal vez el corazón latía 90
 y cuajábase el llanto en mis pestañas
 al tributar adoraciones puras
 a beldad que finjió la fantasía,
 ella benigna a la ajitada mente
 con su paz consolada y, cual las sombras 95
 por grados huyen cuando nace apenas
 lúcido albor por el dormido oriente,
 así se disipaban en su seno
 de mi temprana edad las ilusiones
 de aquesta edad terrible en que sucumbe, 100
 al crudo embate de pasión y afectos,
 avasallada la razón con mengua.
 Mas este afán continuo y lastimoso,
 las amargas memorias que me aflijen
 y la angustia mortal con que batallo, 105
 la soledad aumenta, y más congoja
 hallo en su abrigo do solaz buscaba.
 Fugaz le tengo, cuando a tanta lucha
 vencido el pecho úndese exhalando
 suspiro acerbo, y mis ardientes ojos 110
 sueltan de llanto prolongada vena,
 y en los brazos me aduermo de la calma. 112

IV

Es la tarde, Gonzalo: en occidente
 el sol se oculta, el quieto mar colora,
 colora el cielo con variada tinta
 y más y más las nubes embellece,
 las blancas nubes que movidas antes 5

por manso, halagador y dulce viento,
 a la engañosa vista parecían
 serena banda de palomas bellas
 suaves hendiendo el eter azulado,
 cuyas graciosas y tendidas alas 10
 del sol reflejan la caliente lumbre.

Aquí distante, amigo, de los hombres
 me es grato cavilar: este silencio
 tan hondo que interrumpen a las veces
 los lejanos tristísimos cantares 15
 de tímido amador; este continuo
 lúgubre susurrar que al leve impulso
 de blanda brisa que sus copas mece
 forman las palmas en sus lindas pencas;
 este de puro olor rico tesoro 20
 que exhala fértil de la tierra el seno,
 el alma mía elevan, la despiertan
 a sublimes y grandes pensamientos.

¡Cuántas veces, Gonzalo, taciturno
 en la suerte de Cuba meditando, 25
 vi mis ojos de lágrimas bañarse!
 Meditaba en los tiempos que ya fueron,
 y en el siglo presente meditaba.

Estos floridos y pomposos campos
 por do se esplaya con placer mi vista 30
 fueron un tiempo de inocencia asilo,
 de envidiable, feliz, dulce inocencia
 que no manchó jamás liviano crimen.

Mas soñó la ambición remotas tierras;
 sonrisa horrible le afeó los labios, 35
 y un hombre audaz a quien llamaron loco
 ajente fue de sus designios negros.

Por largos días la ignorancia triste
 barreras puso a la inaudita empresa:
 despreciólas Colón; en su osadía 40
 salva tenaz el valladar altivo,
 y en medio a absorta confundida plebe
 se lanza a un mar desconocido, inmenso,
 en deleznable mísera barquilla.

También allí lo acosa la ignorancia 45
 de sus torpes y viles compañeros;
 mas él acalla su grosero grito,
 y triunfo y presa fue de su constancia
 un nuevo virjinal risueño mundo.

¡Cuántas, Dios, cuántas horas de amargura, 50

de luto y de orfandad consigo trajo
 la advenediza y ominosa jente!
 El tímido hospedaje aleve admite,
 sus manos baña en indefensa sangre:
 las esposas, las vírjenes no bastan 55
 a saciar su furor y desenfreno...
 Mas corramos, amigo, un velo oscuro
 a tal desastre y lastimoso estrago,
 que aliviador de los dolientes, ¡ay!,
 bálsamo el tiempo con su mano aplica. 60
 Mira, Gonzalo, cómo los días pasan:
 los hombres a los hombres sucedense
 tras sí dejando ensangrentada huella
 y jérmenes fecundos de discordias.
 ¿Tú no reparas entre aquella turba 65
 de insolentes guerreros grave apóstol?
 ¿De compasión en su entusiasmo ardiente
 no le conoces? Mira cuál se animan
 sus fogosas facciones venerandas
 cuando se ajita y truena contra el odio 70
 que dura muerte al infeliz prodiga.
 ¿No le conoces? Ah, Gonzalo mío:
 ése de libertad patriarca santo,
 que fue del infeliz báculo firme,
 lucero hermoso en tempestad horrenda, 75
 desalentado abrió profunda sima,
 sin pensarlo tal vez, de crudos males,
 de horribles males que los buenos lloran
 y que él también, amigo, lloraría.
 Ora mismo, en aqueste propio instante, 80
 de nudas manos al feroz impulso
 del látigo sangriento el estallido
 las auras ensordecen: el pobre esclavo
 clama piedad y compasión no encuentra;
 invoca al hombre, al alto cielo implora, 85
 que, sordos, no lo escuchan, y rabioso
 maldice al hombre, ¡oh, bárbara blasfemia!,
 y maldice también al puro cielo...
 La sangre de su cuerpo baña el campo:
 único, diario, deplorable abono 90
 que de Cuba las tierras fecundiza.
 ¿Y puedo yo, Gonzalo, convidarte
 a presenciar tan lúgubres escenas
 fingiendo con pincel exajerado

bellezas por doquier y bienandanza? 95
 Ah, ¡qué estravío de la mente ciega!
 No, mi Gonzalo, permanece, amigo,
 y paga con longánime denuedo
 el noble censo que a la patria deben
 varones claros en virtud y letras: 100
 ilustra pues; defiende tu entusiasmo,
 del corazón hidalgo los afectos,
 tu profundo saber. Gonzalo, educa,
 y haz que de Cuba los menguados hijos,
 que en falaz ilusión serenos duermen, 105
 sacudan, ¡ay!, su flojo abatimiento,
 que al cáncer roedor que los consume
 encubierto, callado, acudan presto,
 y que levanten la postrada, opresa
 y envilecida aunque preciosa Cuba 110
 al grado de esplendor que la señalen
 su bienestar seguro, —su destino.
 Tal es, Gonzalo, tu misión gloriosa. 113

V

Cobija ya la noche con su manto
 a Cuba, y aún resuena en mis oídos
 el confuso rumor del jornalero
 que ufano se retira a su morada:
 del jornalero de la patria mía, 5
 que a pesar de sufrir el grave peso
 de férrea horrenda esclavitud tirana
 en su atezado rostro y negros ojos
 demuéstrase gozosa la alegría.
 Y yo, que albergo en mi inflamado pecho 10
 un jeneroso corazón, que altivo
 jamás mostré sonrisa aduladora
 ni acaté de soberbios el orgullo
 que alzo tranquila mi serena frente,
 no gozo no, la paz de esos esclavos, 15
 de esas víctimas de odio y de codicia,
 y en empeñada lid el alma mía,
 ciega sin tiento, lucha, y ya impotente
 la domina a su antojo la tristeza.
 Huyeron con el día mis pesares, 20
 y al desceñir la noche el velo oscuro,

y al vislumbrar las pálidas estrellas,
 probó la calma el combatido pecho:
 y ésta que pasa junto al labio mío,
 lágrima solitaria y tierna, siento 25
 del aura al ventilar cuajarse yerta.

Alzo apacible, a contemplar el cielo,
 mis ojos mustios, y la luna nueva
 melancólica luce, semejante
 a encorvado listón de oro bruñido 30
 engastado en la esfera cristalina.

¡Oh astro candidísimo y sereno!,
 siempre consolador me fuiste, siempre;
 más [a]hora que recuerdo al pensamiento
 la huérfana infeliz a quien adoro, 35
 mucho más bella que tu faz divina
 cuando espléndida alumbras en la noche;
 la huérfana infeliz a quien persigue
 el infortunio bárbaro, ¿quién sabe
 si angustiada lamenta de su amado, 40
 de su amante el dolor ...?

Mas, ¿quién solloza? 41,b

¡Ah!, tú, mi bien, ¿por qué, premio del cielo,
 por qué lloras? ¿A ti también te aflige
 la tristeza? No más tu linda mano,
 no más me seque el llanto que me inunda. 45

Anjel del alma mía, ven: tu cuello
 de blanca transparente y suave cera
 en estos brazos trémulos reclina;
 deja bañar tu cara con mi lloro;
 deja mezclar mis lágrimas amargas 50
 con las tuyas más tristes todavía,
 y que unidas descendan a la tierra
 que sedienta y ansiosa las aguarda
 a no dejar ni rastro de que fueron.

Cual ellas bajaremos al sepulcro, 55

¡ay!, en breve, mi Elisa idolatrada,
 y ¿qué memoria quedará a los hombres
 de este amor, de este afán, de esta tristeza? 58

Fin de Elejías Cubanas [Nota de B.B. Wiffen en Ms.]

Los cinco textos aquí transcritos, las *Elejías cubanas* [de Rafael Matamoros y Téllez], no sólo confirman el juicio de éstas por Suárez Romero, y la convencionalmente citada descripción que hace Domingo del Monte («Se distinguen por la suavidad de la versifi-

cación y por los generosos sentimientos que descubren en su autor: en todas hace referencia a la suerte infeliz de los esclavos de esta isla.»¹⁸ sino también postulan un replanteo de las coordenadas ideológicas hasta ahora determinantes de la descripción de la literatura cubana de la década de 1830. Lo que creíamos imposibilidad —la lectura de aquella poesía antiesclavista que circulaba manuscrita entre los reformistas insulares, y que naturalmente nunca se imprimió— ha dejado de serlo.

**Adriana Lewis Galanes y
Rolando Hernández-Morelli**

¹⁸ *En Biblioteca Cubana, ver Trelles, Bibliografía..., II, pp. 207-208.*

